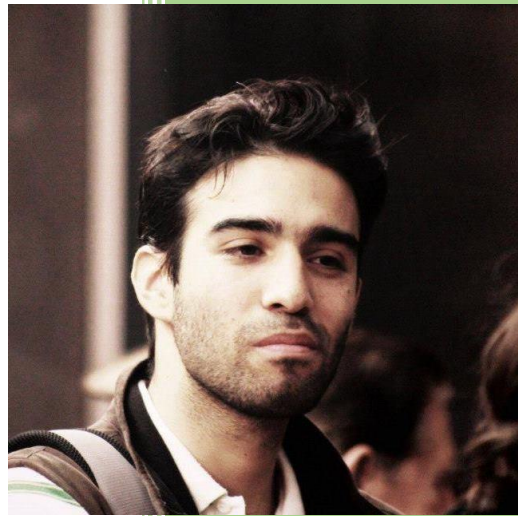


la estepa florecida

Tom Maver



poesía

Nuestra brevedad

Nadie habla solo.

Ni los locos, ni los mendigos, ni los poetas.

“¿Qué es eso que ha terminado?”, dice un epitafio
y años después otro lo lee en el cementerio
donde entierra a su padre,
donde las flores se abren,
los lirios, las anémonas, los mirtos.

Una frase sale de tu cuerpo en medio del dolor
y te oís por primera vez.

Tenés una voz
desde antes de tener memoria,
¿y no vas a confiar en ella?

¿Cuál es tu isla?
¿Qué nos separa?

Cada 7 años, en Madagascar, el grupo étnico Malgache
celebra el Famadihana: sacan a los muertos de sus tumbas,
los enrollan en nuevos sudarios y los llevan a danzar.
Cuando este baile entre vivos y muertos cesa,
los familiares todavía comparten un tiempo acariciándolos,
pidiéndoles consejo mediante oraciones secretas.
Después los vuelven a enterrar por otros 7 años.

¿Cuál es tu baile,
qué es lo que tenés que desenterrar?

¿Qué es el amor, qué es un poema
sino deseo que satura la distancia que separa?

En la noche escucho tus preguntas.
¿Qué es lo que te retiene?
¿Cuál es tu canción?

Hace unos años, un equipo de arqueólogos encontró
el extracto más antiguo de *La Odisea*.
En una placa de arcilla hay 13 versos grabados,
la hallaron en los alrededores del santuario de Olimpia,
en la península del Peloponeso.
Fechaaron el hallazgo antes del siglo 3 d.C.
“Si se confirma la datación, la placa podría ser
el hallazgo escrito más antiguo de la obra de Homero
jamás descubierto en Grecia”,
aseguró el Ministerio de Cultura griego.

¿Estamos preparados para los finales?
¿Estamos listos para zarpar?

El extracto proviene del canto XIV
en el que se narra el retorno de Ulises a su isla, Ítaca,
el reencuentro con Eumeo, su porquero, que lo cree muerto.
Pese a no reconocer a su amo,
que se presenta bajo el aspecto de un mendigo,
Eumeo lo cuida y le da cobijo.

Un anciano cuida a un pordiosero.
Un extranjero le lee poemas de su tierra
al recién llegado.

Un deudo deja una carta en una tumba sin nombre.

¿Por qué unos dejan su isla
y otros vuelven a ella disfrazados?

Hay quienes prefieren la confusión
de lo que está en constante movimiento
y quienes se quieren atar al mundo
que gira y gira
sólo para sentir una vez más
el olor que larga la tierra al amanecer.

Nosotros, más breves,
somos una luz llena de momentos,
la canción de amor que cantan las flores
cuando se abren.

Dios manifestado

Me perdí en la manifestación
y me quedé solo
con Dios.

Había insistido para venir, quería ser parte, entender nuestra lucha.

Verlo bailar al ritmo de los bombos
queriendo hacerse lugar en las rondas
daba un poco de lástima.
El baile es el secreto mejor guardado
de la manifestación.

Éramos una lluvia horizontal de compañía
y él estaba dele hacer preguntas
que a nadie le interesaba responder.

¿Cómo hacen para abrir los ojos
en la oscuridad de su insignificancia
y mantenerlos abiertos?
¿Cómo hacen para cantar y bailar
sabiendo que van a morir?
¿Bailar es lo que también llaman luchar?

No sé cómo pero entre las columnas de gente, las banderas,
los megáfonos, los colectivos, terminé solo con él.

Estaba enojado porque nadie lo reconocía
y bufó como sólo bufa
el que tuvo a la humanidad a sus pies y la perdió.

Me di cuenta de que Dios vivía a las puteadas
y que, cuando se ponía así, no podía expresarse bien.

No meditaba, tampoco raptaba doncellas ni se convertía en flores.
No era una hembra incendiaria que desataba sus deseos.
En vez de embriagarse en noches cósmicas
o sentarse en la pose del loto,
era un dios que refunfuñaba.

Él, que está en todas partes, no estaba en ninguna.
Él, que era el Verbo, no tenía qué decir
y preguntó en una tos:
qué es todo esto.

Miró a los miles de personas, la plaza
y se mareó.

La movilización es un caballo negro.
Todas estas personas son la crin electrizada del caballo negro.
Son la tormenta que electriza la crin del caballo negro.
Son el campo que atrae la tormenta eléctrica hacia la crin rizada del caballo negro.
Son la electricidad que galopa el planeta.

Dejaste el tiempo

dejaste pasar el tiempo
y el poema no sólo no vino
sino que el estado cambió las reglas
del alfabeto, los accesos a la memoria
y las palabras quedaron flotando
donde sea que floten
cuando no las escribimos

dejaste pasar el tiempo
y ahora el idioma no es más tu idioma
y les siguen cambiando el significado
a las palabras que le daban sentido a tu vida

nadie sabe de dónde vienen los poemas
ahí te gustaría ir
como si fuera un lugar de evasión
pero dejaste pasar el tiempo
y creés que las estrellas
tienen algo que ver

dejaste pasar el poema y li po
que no dejaba pasar una
y cada vez que podía se iba a vagar
por ese imperio de brumas y búfalos
y ríos de estrellas y grullas blancas como nubes
que flotan junto a los picos de las montañas

li po, decía, ese poeta chino
durante todo este tiempo que dejaste pasar
se tomó trescientas cuarenta y siete botellas de vino

habló con la luna llena, el cuarto menguante, el sol naciente
pero tan importante como eso
es que tirado en los claros de algún bosque
escribió mordiéndose la lengua
escribió con a la sombra del sol del mediodía
a la sombra del imperio de la dinastía tang
lo que pasaba por el corazón ebrio del pueblo
que era el suyo

quizá dejaste pasar el tiempo
porque el poema necesitaba silencio
o como ahora, que es imposible escribir
sin que se meta el cansancio la angustia del país
los atropellos

dejaste pasar el tiempo pero está bien
está sobrevalorado el tiempo
además las palabras fabrican otro
y el misterio la belleza y el horror
intercambian máscaras tras bambalinas

y la luna con que habla li po
el vino que toma en aquel siglo VIII
los poemas que escribe
son tuyos

estás escribiendo sin saberlo
otras personas están escribiendo
por nosotros para nosotros
que ahora no podemos

siempre alguien escribe lo que otros no
nunca dejaste de escribir

Poema de evasión

Cuando del otro lado del planeta
el sol espera una señal
que no llega, la noche baila.
Quiere imitar la oscuridad
de los que soñamos,
pero su negrura
agujereada por las estrellas
nunca es total.

Cierra los ojos cuando baila,
la noche tiene pies quebradizos
y el mundo la lastima.
Se siente insegura, banal.
Cree que nadie
ni el lobo
enamorado de la luna
se despertaría para verla moverse
entre las cabezas dormidas.
Las estrellas le dijeron:
Seguí bailando,
sólo nosotras estamos fijas.

Cuentan que una vez
la noche cayó desplomada
a los pies del lobo.
Él la giró con su hocico.
Creyó que su desnudez
era un agua desbordada
y se dispuso a beberla.

Cuando lobo y noche
estuvieron en posesión del otro
quedó un cuerpo de oscuridad
tan asombroso
que la luna pensó que el sol
era un cuento para niños.

Milenios después, días atrás

Milenios después, días atrás
escuché que alguien decía que a Adán y Eva
los echaron del Paraíso.
Que Dios les dijo No hagan tal cosa
y la tentación fue grande,
la carne débil y sucumbieron.

Para mí Eva le susurró a Adán:
Ojo con las trampas de lo bello.
Este verde, esta paz
se llama vigilancia.

Para mí conspiraron
y así se consolidó la primera pareja.
En realidad nadie los tentó
sino que complotaron para escapar.

Su estrategia fue desobedecer
y aprovechar la ira eterna de Dios.

Se arrojaron a un abismo preferible a una vida insulsa
y tiraron abajo un mundo viejo.
El Paraíso cayó con su peso muerto
por las escaleras.

Pienso en Adán y Eva colándose
en un tren, aventurándose
a Sodoma y Gomorra
para fundar nuevas tierras
lejos del poder central.

Los veo yéndose en un vagón oscuro
sin ventanas, el viento
de un nuevo mundo dándoles en la cara,
subidos a los estribos oliendo
flores de azahar.
Se miran mientras el paisaje avanza
y el tren deja atrás la eternidad
a puro traqueteo.

Como el pan recuerda el fuego,
los paladares de Adán y Eva tenían memoria.
Comieron la manzana porque intuían
que el núcleo de la desobediencia
era el placer
y empezaba en la boca.

Degustaron el dulzor, masticaron
y la lengua no quiso expresar nada.
Cerraron los ojos y se intoxicaron:
Era esto.

Se pasaron la manzana
y la serpiente dijo: "Ahora son dioses"
y milenios después, días atrás
mientras abrían una lata y otra
de cerveza en el furgón, sentados,
y pasaban las casuchas de adobe,
imaginaban los cuartos, las camas
donde se volverían a enamorar
y podrían hablar por las noches
de los riesgos de vivir
ahora que ya no eran más inmortales
y el tiempo se había puesto en marcha
como un tren que atraviesa campos

y Adán y Eva se enamoraban de este mundo
efímero y desordenado.

Fueron los primeros en subir
al tren de medianoche
que zarandeaba sus bolsos y prometieron:
plantar las manzanas
que los sacaran de jardines perfectos,
inventarse nuevos padres,
amar el cuerpo glorioso,
fundar el lugar
donde el placer y la compasión no sean un milagro,
donde la historia más chica sea oída,
donde quienes se amen saquen el polvo a las catedrales,
donde el carretero cante antiguas canciones,
donde la belleza vuelva a ser una agitación
que los monstruos imaginen libremente
y nos saque la fealdad de ser imbéciles,
donde la alegría nos permita ver el miedo
como una puerta para otras valentías.

Milenios después, días atrás
Adán y Eva siguen siendo los fascinados
por aquello que les prohibieron hacer.
Ellos son los peligrosos
y nuestro ejemplo.

En tanto haya desobediencia
habrá esperanza.

Trane cuenta un sueño

Es noche cerrada y John Coltrane sueña
que está en una plantación de algodón
tocando el saxo soprano.
No hay nadie a kilómetros y nieva
como si nunca fuera a dejar de hacerlo.
Sabe que se encuentra en el Sur
porque sus pies están encadenados.
Sabe que es un sueño por la nieve.
Los copos salen disparados
cuando llegan a la boca del saxo
donde sopla como si fuera lo último de su vida
pero apenas sale un murmullo,
voces que giran en la nieve, en el sueño,
y ya no sabe si está tocando u oyendo algo antiguo:
a una mujer pidiendo que por amor de Dios
dejen de darle latigazos a su hija,
la voz de Billie Holiday cantando *Strange fruit*,
Malcolm X manifestando que él odia
como un negro de la plantación, Langston Hughes
proponiendo que la poesía sea como la música,
B.B. King sonriendo al decir que tocar blues
es ser dos veces negro.
Se encadena a estas voces e intenta que su respiración
sea aquel sonido que lleva consigo
como los esclavos hambrientos y mareados
atravesaron el infierno del Atlántico
trayendo un ritmo, una presencia más antigua
que los cuatrocientos años de esclavitud
y la soltaron en las plantaciones del Sur.
En el sueño hace fuerza para soplar más fuerte,

igual que en la iglesia metodista de High-Point
su abuelo, el reverendo Blair,
predicó a los gritos e hizo que hombres y mujeres
se sacudieran en trances espirituales,
despejando de sus almas al diablo,
así Trane se deja llevar hasta que de su voluntad
no queda nada más que unos piolines electrizados.
Cuando vuelve a abrir los ojos
está en un escenario en uno de esos bares perdidos
que no faltan en las giras, acá también nieva
y el público no quiere que toque, silban,
abuchean a la banda, y comprende
que un músico negro siempre toca en una plantación
donde antes fue linchado un familiar suyo,
donde una tatarabuela vio a los encapuchados
rodear a quien ella amaba prendiendo fuego
cruces de madera en la noche de Georgia.
En ese escenario Trane es un pulso que tiembla,
conciente de que tiene una alegría
que sólo su tristeza puede comprender,
y mira a sus compañeros, le dice a Elvin
que está en el piano: "Estoy perdido. Seguime"
y arrancan a tocar y los silbidos y charlas
se apagan y llegado un punto deja de oír incluso
la música que sale del saxo soprano
hasta que lo único que existe es el sonido de su respiración,
como si la hubiera aguantado por años y ahora
la fuera soltando de a poco, abriendo al medio el instrumento
como un baúl de cosas perdidas.
Cuando despierte se va a dar cuenta
de que durante todo el sueño estuvo tocando
un tema que se llama *Mis cosas favoritas*,
una canción que habla de aquello
en lo que se piensa para alejar la tristeza.

Sólo que él no piensa en ponis de colores
ni en gotas de lluvia sobre los rosales.
La felicidad es este mareo de vaciarse de aire,
este soplar en un saxo que hincha una vida.
“Sos parte de lo que tocás”, le dijo Naima.
Naima es una de las partes más punzantes de su alegría.
La conoció cuando era un tipo comido
por la heroína y el alcohol, pero ella le tomó
la mano y le repitió: “Sos parte de lo que tocás”
y separó sus dedos pegoteados para que contara
los días que hacía que no dormía,
haciendo que le diera la razón a Miles
por echarlo del quinteto y que se diera cuenta
de que ir al correo con vergüenza a dejar un currículum
-¿qué podría decir un currículum suyo?- para trabajar
en alguna tontería, era dejarse vencer.
“¿Qué es más revulsivo para ellos”, le dijo,
“que ver a un negro amar lo que hace?”
Yo entiendo que en tus sueños el algodón
se convierta en una nieve que se posa en todo.
Pero ya no vivimos en plantaciones
y yo, más que tus pesadillas, prefiero
cuando volvés a casa y me decís:
-Hola, Naima, acá estoy.
Mirá lo que hice”.

El amante de Allen Ginsberg

Tirado en la oscuridad, recuerdo
el poema de amor que Allen escribió
y dedicó a alguien que yo no conocía –un tal Carl Solomon.
Lo leyó hace unas noches en un sótano
abarrotado de gente pero sin alzar el tono.
Su voz corrió el velo de borrachera y calor
y quedé conmovido y ahora sigo tirado,
recordando, y las palabras se encadenan
a mi memoria, las imágenes palpitan en mi cuerpo
arrinconado por los celos. Pero qué importaban
los celos durante la lectura. La cerveza circulaba
entre amigos poetas que entrecerraban los ojos, aplaudían,
susurraban chismes y se acariciaban las rodillas.
Alguien me dijo algo sobre Allen,
me lamió la oreja y me sonrió. Fumábamos
y escuchábamos desde el fondo de la sala.
En un momento, no hubo más ruido a vasos
y la gente dejó de ir al baño a inyectarse
y las volutas de humo, sólo el aliento de Allen las movía.
Leía y leía y sus anteojos lanzaban reflejos
por la sala y movía las manos
como si estuviera acariciando su voz, empujándola
afuera. La gente sintió que el tiempo en ese tugurio
se había partido, abierto por sus manos o su boca,
para que todos entraran en su voz:
los deprimidos, esa familia de poetas huérfanos,
drogados, lectores voraces con trabajos insípidos.
Tuve la certeza de que Allen
estaba teniendo una charla íntima
con cada uno de los que estaban ahí.

Lo vi en la cara del resto.
Si existe tal cosa como la piel del poema,
la sentí rozándome la espalda
y tuve que agarrarme del vaso, de cualquier cosa
porque ese poema me mostraba la miseria de mis amigos,
de esta generación de posguerra que ve cómo el cielo
estalla cada noche en los televisores,
en las venas, dentro de las narices y los manicomios,
sin que sepan qué hacer ni a dónde ir
porque su energía está en penumbras y la vida de cada uno
está cambiando y yo parecía quedar atrás,
en el último asiento de una clase
que acababa de terminar y de la que no había sacado
nada en claro. Sí, era cierto que el tiempo se había detenido
pero no la historia ni los gobiernos conservadores.
Ellos lo tenían a Allen, que seguía vertiendo
una belleza difícil de manejar
en el mundo que todo les había sacado.
Mientras en las protestas de Saigón
un monje se prendía fuego en la calle,
él mostraba el incendio de su cuerpo
entregado al amor, lastimando la moral al uso,
usando palabras dulces junto a palabras innombrables,
había una luz que cegaba, había maestros, cantos,
una fila de poetas, de músicos, pintores, actores
escuchándolo sin Kerouak, sin Burroughs, sin Corso,
di Prima, Ferlinghetti, Kandel, Waldmann,
inmóviles como las aguas del Niágara, que parecen inmóviles
un segundo antes de caer con estrépito.
La gente se podía amar, leer poemas hermosos
pero Eisenhower y su *troupe* estaban en el gobierno
y los estallidos de la guerra de Corea se mezclaban
con los gemidos y el paralelo 38 también nos atravesaba,
y no podrían preparar a ningún soldado vietnamita

para el descubrimiento del color del Napalm en la selva.

Y yo, tirado en la oscuridad, recordaba versos

para no hundirse en la historia de Estados Unidos

donde estaba todo muy oscuro para ver

y tocaba las paredes de mi cuerpo y me repetía:

No estuve en Rockland, no estuve con vos

en Rockland, nadie estuvo con él en Rockland

donde acostaban a la gente en camillas, los doctores

ataban brazos, piernas y torso, bajaban la palanca

y convertían a cada cerebro en una central eléctrica.

El peso del mundo es el amor, me digo.

Amar a otros hombres era cosa pesada, de locos, sobre todo

si a uno terminaban por encerrarlo en el manicomio

de Rockland, Pilgrim State o Greystone

y hacerle repetir que no le gustaban los hombres,

que los hombres no le gustaban,

que no amaba a los hombres ni los iba a seguir amando

encerrado ahí cada noche, donde se aprendía a arder

y suspirar porque ni siquiera el sexo

le pertenecía a uno y se le escapaba entre los dedos

como agua o transpiración y ardía y estaba

seco, vacío pero lleno. ¿Y yo qué podía saber

de lo que sentía Allen, si apenas entendía

ese ritmo ensordecedor que no me dejaba dormir?

¿Quién podía dormir en estos tiempos?

A Carl Solomon se le caían los dientes

por las sesiones de electroshocks.

¿Quién podría saberlo y dormir?

¿Cuánta dulzura hacía falta para sostener

su mirada de enamorado furioso,

de enloquecido tierno que repetía palabras

como “lobotomía” o “suicidio”?

Quizá a Allen le hizo recordar a la madre,

que en otro manicomio le abrieron la cabeza

para sacarle la locura.

En sus poemas cantaba su opresión,
desabrochando los cinturones
de castidad de las formas caducas,
se atrevió a hablar desde la felicidad
porque había que preparar un sitio para el amor
sin renunciadas, sin leyes de sodomía.

Conmovía la ternura que resistía en su voz,
más fuerte que la violencia.

Comprender es amar lo intratable, me susurró Allen
una de las noches que estuvimos juntos
y me envolvió con sus piernas
como si para el placer no hubiera salida,
sólo entradas. Yo vi abrirse la puerta
para habitar el presente
de donde la Historia pretendía borrarlos
y cuando se cerró, Allen estaba a su lado
en este departamento,
en esta noche occidental
para que las palabras que balbuceaba
volvieran a tener el sabor de su boca.



Tom Maver (Buenos Aires, 1985) es poeta, traductor y editor.

Publicó los libros de poemas: *Yo, la incesante nieve* (Huesos de jibia, 2009), *Marea Solar* (Alción, 2016; Alto Pogo, 2018), *Nocturno de Aña Cuá* (Llantén, 2018), *Sara Luna* (ganador del Primer premio de poesía del Fondo Nacional de las Artes 2018; Llantén, 2019; El sastre de Apollinaire, 2020 y traducido al portugués para la editorial Moinhos) y *Canto de viuda* (Llantén, 2025). Además, tradujo: *Rosa*, del poeta chino-estadounidense **Li-Young Lee** (Barba de abejas, 2015), *Biografía en los saquitos de té*, de **Westonia Murray** (Llantén, 2017), *Qué son las islas*, de **Hilda Doolittle** (Llantén, 2018), *Hongos Nupciales*, de **Westonia Murray** (Llantén, 2020), *Algunos pájaros nunca cantan*, de **Zakaria Mohammed** (Llantén, 2020), *Hace años que mi corazón no está con el tuyo*, de **E. E. Cummings** (Llantén 2025). Dirige la editorial **Llantén** junto a Natalia Litvinova. Da talleres de lectura y escritura.

